

"Bajo El Mismo Pié de La Vida"

Por J. Hernandez Gavilá



ANDRÉS la amaba mucho, más allá de la vida, pero hallaba en la amada un puntito negro Y este puntito era el excesivo modernismo de Julia. La hubiera querido para sí, mas casera y modesta. Pero en cambio, contra los ideales de Andrés, Julia era una furibunda feminista.

—Yo opino—decía Andrés— que una mujer debe ser lo suficientemente feminista para ser mujer, pero no para ser hombre. Quiero decir que la mujer, y en particular la mujer filipina, solamente debe tener la cultura necesaria para ser la mujer del hogar, requerida por el cambio de las cosas y de los tiempos.

—Entonces—respondió Julia—Vd. no es partidario del feminismo. Vd. quiere que la mujer se condene en su condición de esclava de los tiempos remotos de la Historia, condición que aún tiene en algunos pueblos orientales por egoísmo de los hombres.

—Opino que la mujer debe ser siempre una colaboradora del hombre en la gran lucha por la existencia y no su *competidora*. Sostener lo contrario sería ir contra la naturaleza—decía Andrés.

—¿Entonces—arguía Julia—la mujer no puede vivir con el mismo pié de vida que el hombre, tener los mismos derechos y libertades, políticos y legales?

—Ya le he dicho, Julia, que eso sería ir en contra de la naturaleza.

—Pero, ¿si no hay incompatibilidad entre los trabajos del hogar y los de la vida pública?



—La hay, Julia, para la mujer del hogar, porque es más débil que el hombre, porque tiene que pasar por los trámites de la maternidad, porque luego vienen los hijos y ¡caramba! no somos los hombres quienes hemos de cargar con ellos.

—¿Pero, si hay institutrices?

—Eso es ir contra las leyes naturales.

—Yo le desafío, Andrés, a que encuentre en nuestros tiempos la mujer de sus sueños.

—Y si no la hallase, de todos modos, por encima de todo, la tomaría por esposa Julia.

Ambos se echaron a reír de buena gana. Se querían, eso sí, pero Andrés, por sus ideas conservadoras, temía llevarse a su casa a una terrorista. Julia esperaba, y como el tiempo volaba y ambos se iban quedando viejos, un buen día Andrés se llevó a Julia, cerrando los ojos al porvenir.

Es ley en la vida que el amor es más fuerte que el ideal, así es que Andrés, arcilla como cualquier mortal, se dejó arrastrar por la corriente avasalladora de aquel.

En los primeros meses de su matrimonio fueron felices, pero, como ambos eran abogados de

profesión, pronto se impuso el alejamiento de almas.

Un día se vieron en un juzgado frente a frente, defendiendo cada cual opuestos intereses, en donde a poco se registraba un incidente familiar, a no ser por la euanimidad y la buena crianza de los protagonistas. Pero llegados al "dulce hogar", no dejó de traslucirse el mal humor de los esposos:

—Tus defendidos no tienen razón en este asunto—decía la mujer—porque son unos sinvergüenzas. ¡Como si no les conociera!

—Dirás eso — decía el marido, — porque te pagan bien tus clientes.

—Páguen bien o mal, yo cumplo honradamente con mi deber.

—Acabarás por llamarme un picapleitos de mala fe.

—¡Como si no lo fueras!

—Vaya no hablemos más del asunto.

El marido, en aras de la paz del hogar, siempre optaba por no darse la razón. Porque, ¿quién, en efecto, sería capaz de discutir la razón de la sin razón de una mujer?

Pero no era esto de la *abogacía* lo peor, porque, además del oficio, Julia era Presidenta del Club de Mujeres, y con frecuencia tenía que ausentarse por varios días de su casa con el objeto de hacer viajes de inspección. Y naturalmente el marido tenía que quedarse en casa



haciendo las labores propias del hogar y el cuidado de Rubén, Chuchi y Maruja, tres rapaces riquísimos.

Cierto día Rubén, el más querido del padre, se enfermaba gravemente de meningitis, estando Julia en uno de sus mitines provinciales y Andrés no supo que hacer. Andrés tuvo que llamar apresuradamente a un médico, confiándose en su ciencia y cuidado.

Andrés se mesaba los cabellos de desesperación, porque Rubén era el más querido de él y en él había cifrado sus esperanzas del porvenir. Aquel niño era su retrato, era su único heredero y llevaría su nombre en el futuro. Cuantos castillos había fabricado para él. Sería un joven gallardo como él en sus años mozos y muchas chicas se prendarían de Rubén. Sería rico y nada le faltaría. Luego se casaría con la chica más bonita de la ciudad, y tendrían hijos y vivirían muchos años. Pero aquella esperanza estaba ahora entre la vida y la muerte!

Andrés se encerró en su despacho y recordando su vida de juventud la encontró rota, mientras su hijo luchaba con la muerte. ¿Qué había sido de su Ideal de juventud en cuanto al matrimonio? ¿Por qué había claudicado de aquel Ideal? ¿No era él culpable de su propia claudicación? Hasta se consideraba un criminal por haber hallado y creado el dolor ante la negra perspectiva de la muerte. ¡Vivir por un ideal y no realizarlo, alentar una esperanza y no alcanzarla! Esa era la tragedia de su vida presente. Pero, es que la vida es tan seductora que a veces cometemos las más bellas locuras por una bella ilusión.

La sorpresa recibida por Julia al llegar a su casa fué espantosa. La gravedad de Rubén, era alarmante. Mujer al fin deshecha en llanto, pasó noches en vela al lado del pequeño enfermo, para devolverle a la vida con sus besos y cuidados. Es que ahora había comprendido que hay algo más sagrado que la misión pública, que es la misión que la mujer tiene que cumplir en el hogar. ¡Cuanta razón tenía Andrés, a quien ahora no se atrevía a ver de vergüenza, encerrado en su despacho, cuando la hablaba de la misión de la mujer en el hogar. ¡Quien sabe si aquel niño no hubiese enfermado si ella hubiese cumplido su misión de madre! ¡Quien sabe si aquel niño enfermara de tristeza, como un pobre pajarito, de tanto no ver a su madre!

Durante la crisis, crisis del mal y crisis del

amor, no se vieron marido y mujer, como si un muro o algo inexorable se hubiera interpuesto entre los dos. La mujer con agrada en cuerpo y alma al cuidado del pequeño enfermo y el marido, vencido por el desaliento, encerrado en su despacho.

Pero Rubén, gracias a los cuidados de la madre y de la ciencia, salvóse milagrosamente de la muerte, y pasada la crisis, llena de desesperación, Julia buscó a aquel hombre que siempre había sido dulzura y consideración para ella. La lección había sido demasiado dura para ella y se sintió mujer por vez primera desde que se casó con Andrés, sin comprenderle hasta comprenderle, comprendiendo la Vida.

Le encontró inmóvil en su mesa de trabajo, la mirada fija en el vacío, como si estuviese muerto. Desecha su llanto y poniéndose de rodillas le pidió perdón:

—¡Pobrecito mío, perdóname!

Levantóse Andrés y la dijo con frialdad y no sin cierto dejo de rencor en la voz:

—¡Levántate, mujer, yo te perdono! Porque la Vida es vivir por un Ideal y morir por otro.

Julia comprendió el dolor y el encanto que encerraban aquellas palabras y abrazándole, desesperadamente, respondió:

—No, así, mi Andrés. Por mi Ideal, no, Andrés, sino por el tuyo. No con el mismo pie de vida, sino bajo un nivel más bajo, para siempre Andrés.

Andrés comprendió que debía perdonar y la dijo, quedamente, para que no se perdiesen sus palabras:

—Para siempre, mujer, como yo siempre he querido que fuera.

Y ambos se miraron sonrientes descubriendo en sus pupilas, un nuevo horizonte de felicidad imprecipitadora.

* * *



Días después, montándole sobre sus muslos, le decía Andrés a Rubén:

—Conque tu ya lo sabes, pillín. Tú en casita a jugar con mamaita, mientras papaito va por allí fuera...

—¿Y para que quiere ir afuera papaito?

—Hombrecito, pues para buscar nuestro pan de cada día. Y lo mismo harás tú, cuando seas mayor, puesto que, positivamente, no vivirás del dinero de una mujer...

Manila 6 de agosto de 1929.



ANGEL OVEJAS

Fotógrafo Comercial

1832-C Int. Azcarraga

Sta. Cruz, Manila

Tel. 2-51-39

ARELLANO ART STUDIO

SAMANILLO BUILDING

Escolta 619

Tel. 2-38-37